

Thomas De Quincey

Confesiones de un inglés comedor de opio

Traducción de Luis Loayza



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Confessions of an English Opium Eater*

Primera edición: 1984

Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Fernando Madariaga

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Luis Loayza

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1984, 2018

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-984-5

Depósito legal: M. 29.982-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

Parte I

- 11 Al lector
- 17 Advertencia al lector
- 19 Confesiones preliminares

Parte II

- 67 [Introducción]
- 73 Los placeres del opio
- 93 Introducción a los dolores del opio
- 113 Los dolores del opio
- 143 Apéndice

Parte I

Al lector

Te ofrezco, amable lector, el relato de una época notable de mi vida; confío en que, vista la aplicación que le doy, será no sólo un relato interesante, sino también útil e instructivo en grado considerable. Con *esa* esperanza lo he redactado y *ésa* será mi disculpa por romper la reserva delicada y honorable que, por lo general, nos impide mostrar en público los propios errores y debilidades. Nada en verdad más repugnante a los sentimientos ingleses que el espectáculo de un ser humano que impone a nuestra atención sus úlceras o llagas morales y arranca el «decoroso manto» con que las han cubierto el tiempo o la indulgencia ante las flaquezas humanas; a ello se debe que la mayoría de *nuestras* confesiones (me refiero a las confesiones espontáneas y extrajudiciales) procedan de gentes de dudosa reputación, pícaros o aventureros, y que para encontrar tales actos de gratuita humillación de sí mismo en quienes cabría suponer de acuerdo

con el sector decente y respetable de la sociedad tengamos que acudir a la literatura francesa o a esa parte de la alemana contaminada por la sensibilidad espúrea y deficiente de los franceses. Tan firmemente lo creo, tanto me inquieta la posibilidad de que se me reprochen esas tendencias, que durante varios meses he dudado si convenía que esta o cualquier otra parte de mi narración llegase a ojos del público antes de mi muerte (después de la cual, por muchas razones, se publicará en su integridad), y, si en última instancia he acabado por tomar una decisión, no fue sin antes sopesar ansiosamente los argumentos en pro y en contra de ella.

Llevados por un instinto natural, la culpa y el sufrimiento se retraen de la mirada del público: solicitan el retiro y la soledad, y hasta cuando eligen una tumba se apartan a veces de la población general de los cementerios, como si renunciaran a su lugar en la gran familia del hombre y desearan (en las conmovedoras palabras del Sr. Wordsworth)

humildemente expresar
soledades de penitencia.

Que así sea está bien, a fin de cuentas, y redunda en provecho de todos nosotros; en lo que a mí respecta no quisiera dar la impresión de menospreciar sentimientos tan saludables ni afectarlos en modo alguno, ya sea de palabra o de obra. Pero, de una parte, la acusación que dirijo contra mi persona no equivale a una confesión de culpa y, de otra, es posible que, aunque así fuese, el beneficio que obtendrían los demás de una experiencia

comprada a tan alto precio compensaría con creces cualquier violencia infligida a los sentimientos que acabo de mencionar y justificaría una excepción a la norma usual. La debilidad y el dolor no entrañan necesariamente culpa. Se acercan o se alejan de las sombras de esa oscura alianza en proporción a los motivos e intenciones del ofensor y a las circunstancias atenuantes, conocidas o secretas, de la ofensa: en proporción a la fuerza que tuvieron las tentaciones desde un primer momento y a la resistencia que con actos o esfuerzos se les opuso hasta lo último. Por lo que me toca, puedo afirmar, sin faltar a la verdad ni a la modestia, que mi vida ha sido, en general, la vida de un filósofo: fui desde mi nacimiento una criatura intelectual, e intelectuales, en el más alto sentido de la palabra, fueron mis ocupaciones y placeres, aun desde mis días de colegial. Si bien comer opio es un placer sensual, y estoy obligado a confesar que me entregué a él hasta un punto nunca *registrado*¹ en nadie, no es menos cierto que luché con religioso celo por librarme de esta sujeción fascinante y que, después de mucho, he conseguido lo que jamás oí decir de nadie: desatar casi hasta los últimos eslabones la maldita cadena que me oprimía. El triunfo de la disciplina puede alegarse con justicia para contrarrestar cualquier desfallecimiento de la voluntad. Esto para no recalcar que, en mi caso, el triunfo fue indiscutible y, en cambio, el desfallecimiento, sujeto a dudas de casuística, en la medida en que se amplíe el

1. «Nunca *registrado*» digo: pues hay en nuestro tiempo un hombre famoso [Coleridge] que, de ser cierto lo que se cuenta de él, me ha superado grandemente en la cantidad.

término para abarcar actos destinados exclusivamente a aliviar el dolor o bien se reduzca su alcance a fines tales como la producción de un placer positivo.

Por lo tanto, no reconozco mi culpa: y aunque lo hiciera, es probable que acabara por resolverme a este acto de confesión, en vista del servicio que con él puedo prestar a toda clase de comedores de opio. ¿Quiénes son? Lector, siento decirte que forman una clase en verdad muy numerosa. De esto quedé convencido hace algunos años al calcular, en una pequeña clase de la sociedad inglesa (la clase de hombres distinguidos por su talento o por su situación eminente), el número de personas de quienes sabía, directa o indirectamente, que eran comedores de opio, tales por ejemplo el elocuente y bondadoso [William Wilberforce], el desaparecido deán de [Carlisle, Dr. Isaac Milner], Lord [Erskine], el Sr. ***, el filósofo; un Subsecretario de Estado, ya fallecido [el Sr. Addington, hermano de Lord Sidmouth] (quien me describió la sensación que lo llevara a usar opio por primera vez con las mismas palabras que el deán de [Carlisle], o sea que «sentía como si tuviese dentro ratas que le arañaban y roían las paredes del estómago»), el Sr. [Coleridge] y muchos otros, apenas menos conocidos, que sería enojoso mencionar. Ahora bien, si en una sola clase relativamente tan limitada los casos se contaban por veintenas (y *esto* por lo que sabía una sola persona), era lógico deducir que toda la población de Inglaterra arrojaría una cifra proporcional. Sin embargo, puse en tela de juicio la validez de mi inferencia hasta enterarme de ciertos hechos que me demostraron que no era incorrecta. Citaré dos de ellos. 1.º Tres respetables boticarios londinenses, de

barrios muy apartados de Londres, a quienes compré recientemente pequeñas cantidades de opio, me aseguraron que el número de comedores de opio *aficionados* (como podría llamarlos) es ahora inmenso, y que la dificultad que entraña distinguir a estas personas, para quienes el opio se ha convertido por la fuerza del hábito en una necesidad, de aquellas que lo compran pensando en suicidarse les causa a diario preocupaciones y disputas. Esto tan sólo por lo que se refiere a Londres. De otra parte, 2.º (lo que tal vez sorprenda aún más al lector), hace algunos años, al pasar por Manchester, varios fabricantes de telas de algodón me comunicaron que sus obreros contraían rápidamente el hábito del opio, hasta el punto de que los sábados por la tarde los mostradores de las boticas estaban cubiertos de píldoras de uno, dos o tres granos, en previsión de la demanda esperada para esa noche. La causa inmediata de tal costumbre eran los bajos salarios, que entonces no permitían a los obreros regalarse con cerveza ni licores; se pensaba que al aumentar los salarios cesarían esas prácticas, pero se me hace difícil creer que nadie que haya gustado los divinos placeres del opio pueda luego descender a los goces groseros y mortales del alcohol; doy por sentado

que ahora comen quienes nunca comieron
y quienes comieron siempre, ahora comen más.

Aceptan los poderes de fascinación del opio hasta los tratadistas de medicina, sus más grandes enemigos; Aw-siter por ejemplo, boticario del hospital de Greenwich, en su *Ensayo sobre los efectos del opio* (publicado el año

1763), al tratar de explicar las razones por las que Mead no fue lo bastante explícito acerca de las propiedades, antídotos, etc., de la droga, emplea estos términos misteriosos (φωνᾶντ' ἄσυνητοῖσι): «Quizá pensó que el tema era de naturaleza demasiado delicada como para divulgarse y, puesto que muchas personas podían usar el opio indiscriminadamente, les inspiró el temor y la prudencia necesarios para evitar que experimentasen los enormes poderes de esta droga; *pues hay en ella muchas propiedades que, de ser conocidas por todos, difundirían su empleo y harían que entre nosotros la demanda fuese mayor que entre los propios turcos*; tal conocimiento –agrega– podría tener por resultado una verdadera calamidad». No comparto enteramente el carácter inevitable de la conclusión, pero sobre esto tendré ocasión de hablar al final de mis confesiones, cuando presente al lector la enseñanza *moral* de mi narración.

Advertencia al lector

Los incidentes registrados en las «Confesiones preliminares» ocurrieron durante un período que empezó hace un poco más, y terminó hace un poco menos, de diecinueve años; por consiguiente, con arreglo al modo más usual de calcular, daría lo mismo afirmar que muchos de los incidentes sucedieron hace dieciocho o diecinueve años, y como las notas y apuntes para esta narración se prepararon hacia la pasada Navidad, lo más natural pareció elegir la primera de estas fechas. En la prisa de la composición se mantuvo la fecha invariablemente, aunque pasaran unos meses, y en la mayoría de los casos puede decirse que ello no induce a error o al menos no a un error importante. Pero en una ocasión, cuando el autor habla de su propio cumpleaños, el hecho de adoptarse una fecha uniforme ha provocado una inexactitud de todo un año, pues mientras se hallaba ocupado en la composición el decimonoveno año, contado a partir del

período de que se trata, llegó a su término. Por lo tanto, se ha creído conveniente señalar que el período en cuestión va de comienzos de julio de 1802 a comienzos o mediados de marzo de 1803.

1 de octubre de 1821

Confesiones preliminares

Se ha juzgado conveniente empezar por estas confesiones preliminares o relato de introducción a las aventuras juveniles que sentaron las bases del hábito de comer opio contraído por el autor años más tarde, por tres razones distintas:

1. Porque se adelantan y responden de manera satisfactoria a una pregunta que de otro modo surgiría penosamente en el curso de las Confesiones del Opio: «¿Cómo puede una persona razonable someterse a un yugo tan doloroso, incurrir por propia voluntad en cautiverio tan servil, sujetarse a sabiendas con siete vueltas de cadena?», pregunta que de no tener respuesta plausible suscitaría la indignación ante un acto de verdadera locura, afectando así al grado de simpatía que siempre requiere un autor para lograr sus fines.

2. Porque dan la clave de algunas partes del tremendo escenario que luego pobló los sueños del comedor de opio.

3. Porque despiertan cierto interés previo de carácter personal por el sujeto de la confesión, aparte del asunto mismo de las confesiones, con lo cual éstas, a su vez, se volverán inevitablemente más interesantes. Si un hombre «que sólo habla de bueyes» se convierte en comedor de opio, lo más probable (a menos que sea demasiado obtuso para soñar) es que sueñe con bueyes, mientras que en el caso que tiene ante sí el lector encontrará que el comedor de opio presume de ser un filósofo; en consecuencia, la fantasmagoría de sus sueños (esté dormido o despierto, se trate de sueños diurnos o nocturnos) corresponde a alguien que, con tal vocación,

humani nihil a se alienum putat.

Pues entre las condiciones que considera indispensables para sustentar cualquier pretensión al título de filósofo se cuentan no sólo la posesión de una inteligencia sobresaliente en las funciones *analíticas* (si bien, en lo que se refiere a esta parte de la pretensión, Inglaterra sólo ha podido presentar muy contados aspirantes durante varias generaciones; al menos el autor no recuerda ningún candidato conocido para tal honor a quien pueda llamarse categóricamente un *pensador sutil*, con excepción de *Samuel Taylor Coleridge* y, en un terreno intelectual más limitado, con la excepción reciente e ilustre²

2. Podría haberse añadido una tercera excepción. Mi razón para no hacerlo es que el escritor al que saludo sólo dedicó sus esfuerzos juveniles a tratar expresamente de temas filosóficos; en la madurez todas sus facultades se orientaron (por razones muy disculpables y comprensibles, en vista de la dirección que ha tomado la mentalidad del

de *David Ricardo*), sino también una constitución tal de las facultades *morales* que le otorgue la mirada interior y el poder de intuición que exigen la visión y los misterios de la naturaleza humana. En suma, esa constitución de las facultades que (entre todas las generaciones de hombres que desde los primeros tiempos se desplegaron a la vida, por así decirlo, sobre este planeta) poseyeron nuestros poetas ingleses en más alto grado —y los profesores escoceses³ en grado ínfimo.

A menudo se me ha preguntado cómo llegué a ser comedor de opio y me he visto muy injustamente disminuido en la opinión de mis conocidos, al suponerse que era el único responsable de todos los males que he de contar, ya que durante mucho tiempo me entregué a mis prácticas con el único fin de crearme un estado artificial de grata excitación. Sin embargo, esta manera de presentar mi caso es inexacta. Ciertamente es que durante casi diez años tomé opio de cuando en cuando por el placer exquisito que me procuraba, pero mientras lo tomé con tal propósito estuve lo suficientemente protegido contra cualquier daño material por la necesidad de interponer largos intervalos de abstinencia entre los distintos actos de

público en Inglaterra) a la crítica y las bellas artes. Sin embargo, dejando de lado esta razón, me pregunto si no hay que considerarlo, más que un pensador sutil, un pensador agudo. Por otra parte, una grave limitación a su dominio de los temas filosóficos es que, como resulta evidente, no ha disfrutado de las ventajas de una cabal formación humanista: no leyó a Platón en sus años mozos (lo cual, probablemente, se debiera tan sólo a su mala suerte), pero ya maduro tampoco leyó a Kant (y esto es culpa suya).

3. No hago alusión a profesores *existentes*, de los que, a decir verdad, sólo conozco a uno.

gratificación a fin de renovar las sensaciones placenteras. Si el opio se convirtió para mí en un objeto de uso diario no fue con la intención de gozar de un placer, sino, por el contrario, de mitigar el dolor en su grado más intenso. Tenía veintiocho años cuando volvió a atacarme con gran vehemencia una dolorosísima afección al estómago que se manifestara por vez primera diez años antes. El origen de la dolencia eran los extremos de hambre que padecí siendo niño. Durante la estación colmada de esperanza y felicidad que vino a continuación (es decir, de los dieciocho a los veinticinco años) la enfermedad se adormeció; siguieron tres años en los que revivió de tiempo en tiempo, y luego, en circunstancias desfavorables, fruto de una depresión, me atacó con una violencia que no cedía ante remedio alguno con excepción del opio. Como los sufrimientos juveniles que causaron en un comienzo el desarreglo del estómago fueron interesantes, tanto por sí mismos como por las circunstancias que los provocaron, los recordaré aquí brevemente.

Mi padre murió cuando yo tenía unos siete años y me dejó a cargo de cuatro tutores. Fui enviado a varias escuelas, grandes y pequeñas, y pronto me distinguí en los estudios clásicos, sobre todo por mis conocimientos de griego. A los trece años escribía en griego con soltura; a los quince mi dominio del idioma era tan grande que no sólo componía versos griegos en los metros líricos, sino que era capaz de conversar en griego de corrido y sin la menor dificultad... No he encontrado después a ningún helenista de mi época que alcanzase a tanto. En mi caso tal habilidad se debía a la práctica de traducir diariamente los periódicos a viva voz en el mejor griego que se

me ocurriera *extempore*: la necesidad de forzar la memoria e invención en busca de toda suerte de combinaciones y perífrasis equivalentes a las ideas, imágenes y relaciones modernas me dio una gama de dicción que nunca habría logrado con la aburrida traducción de ensayos morales, etc. «Este niño –decía uno de mis maestros al presentarme a un visitante–, este niño podría arengar a una multitud ateniense mejor que usted o yo a una inglesa.» Quien me hizo el honor de este elogio era un humanista «maduro y cabal», el único de todos mis maestros por quien sentía amor y reverencia. Para mi desgracia (y, según supe después, a pesar de la indignación de este hombre excelente), me pasaron al cuidado, primero, de un imbécil que vivía aterrado ante la posibilidad de que yo revelara su ignorancia y, por último, de un respetable maestro que dirigía un famoso colegio en una antigua institución. Este señor había sido nombrado para el cargo por el Colegio [Brasenose] de Oxford; era un erudito sólido y bien preparado, mas (al igual que la mayoría de las personas de ese colegio que he conocido) hombre tosco, vulgar y sin elegancia. A mis ojos presentaba un contraste lastimoso con el brillo etoniano de mi maestro preferido; por lo demás, le era imposible disimular ante mi presencia hora tras hora la escasez y pobreza de su entendimiento. Mala cosa es que un niño sea superior a sus maestros en saber o inteligencia y tenga conciencia de ello. En lo que toca al saber, esto no ocurría sólo en mi caso, pues otros dos muchachos, que formaban conmigo el primer curso, eran mejores helenistas que el director, aunque no fuesen capaces de redactar con tanta elegancia ni estuviesen acostumbrados a sacrificar a las

musas. Recuerdo que cuando ingresé leíamos a Sófocles; para nosotros, los triunviros eruditos del primer curso, era un triunfo constante ver a nuestro «Archididascalio» (como le gustaba que lo llamásemos) aprendiendo de memoria la lección antes de clase y preparando un larguísimo tren de léxicos y gramáticas para dinamitar y hacer saltar por los aires (valga la imagen) las dificultades que encontrase en los coros; *nosotros*, en cambio, no nos dignábamos abrir nuestros libros hasta el momento de empezar y, por lo general, estábamos ocupados en componer epigramas sobre su peluca o algún otro tema igualmente importante. Mis dos condiscípulos eran pobres y sus posibilidades de seguir una carrera universitaria dependían de la recomendación del director; yo, en cambio, poseía un pequeño patrimonio cuya renta bastaría para mantenerme en la universidad, donde quería ser enviado de inmediato. Así lo pedí con insistencia a mis tutores, pero sin éxito. Uno de ellos, el más razonable y el que mejor conocía el mundo, vivía muy lejos; dos de los otros tres renunciaron a su autoridad, que pasó a manos del cuarto, y el cuarto, con el cual tenía que negociar, era, a su manera, una buena persona, pero soberbio, obstinado e intolerante de la menor oposición a su voluntad. Tras varias cartas y entrevistas personales decidí que nada cabía esperar de mi tutor, ni siquiera una transacción, ya que exigía mi sometimiento incondicional, y, en consecuencia, me dispuse a tomar otras medidas. El verano venía a grandes pasos y mi decimoséptimo cumpleaños se acercaba rápidamente: juré que pasada esa fecha ya no me contaría entre los alumnos de la escuela. Lo primero que necesitaba era dinero y escribí a

una señora de calidad que, aunque joven, me conocía desde niño y me había dado poco antes muestras de gran cortesía, pidiéndole me «prestara» cinco guineas. Durante más de una semana no recibí respuesta; empezaba a desalentarme cuando un sirviente me puso en las manos una gruesa carta sellada con una corona nobiliaria. La carta era bondadosa y amable: mi hermosa correspondencia se encontraba en la costa, lo cual había sido la causa de la demora; enviaba el doble de lo que le había pedido e insinuaba con buen humor que no quedaría completamente arruinada si no pudiera pagarle *nunca*. Ya estaba listo para poner mi plan en ejecución: diez guineas, sumadas a las dos que me restaban de mi propio dinero, me parecían suficientes para un plazo indefinido, y cuando en esa edad dichosa no se impone un límite definido a nuestros poderes, el espíritu de esperanza y placer los hace virtualmente infinitos.

Observa con justicia el Dr. Johnson (y con sensibilidad, lo que no siempre puede decirse de sus observaciones) que nunca hacemos conscientemente por última vez sin entristecernos aquello que hemos tenido costumbre de hacer durante mucho tiempo. Sentí hondamente la verdad de esta observación cuando llegó la hora de abandonar [Manchester], lugar que no amaba y donde no había sido feliz. La tarde antes de dejar [Manchester] para siempre me ganó el pesar mientras en el noble y antiguo salón de la escuela resonaba el oficio vespertino, al que asistía por última vez; y esa noche, cuando se pasó lista y mi nombre (como siempre) fue el primero, me dirigí hacia delante y, al pasar junto al director que allí se encontraba, me incliné ante él y, mirándolo con emoción a la